

CAPÍTULO XI

La cita.

Carolina no pudo conciliar el sueño en toda la noche: la fiebre había traído el insomnio, y no cerraba los ojos sino para ver ante sus ojos la imagen amorosa del Conde ó la amenazadora de Bernardo.

Este tampoco se había acostado: aunque las exigencias de Carolina, ó más bien el dominio que ejercía sobre su marido, habían dado á los dos habitaciones distintas, éstas se hallaban divididas por un solo tabique y tenían entre sí una puerta de comunicación.

Por aquella puerta entraba y salía sin cesar Bernardo en el cuarto de su mujer, y muchas veces se la halló con los ojos abiertos como dos estrellas.

Ya cerca del alba, le rindió la fatiga, porque el trabajo corporal y la tranquilidad del alma y de la conciencia son dos cosas que exigen reposo: recostóse en su lecho, sin desnudarse, y entornó la puerta para que su respiración, demasiado fuerte,

no molestase á Carolina, que al parecer reposaba también.

Extraño contraste presentabau los aposentos de ambos esposos: en el de Carolina se advertía lujo y elegancia; en cambio, nada había más pobremente sencillo que el que ocupaba Bernardo, y el cual podemos examinar mientras éste duerme.

Un catre de tijera, un gran armario de pino para la ropa, y una mesilla de la misma madera, componían todo el mueblaje, destacándose sobre las blanqueadas paredes del aposento: sobre la mesa había un peine y un cepillo de ropa: en un rincón una aljofaina de cobre, brillante como el oro, y sostenida por un pié en todo igual á la mesa, y un colgador, del cual pendían una chaqueta y un pantalón de trabajo.

Tal era el aposento de Bernardo; el mismo que había ocupado desde niño, y en el cual había soñado tantas veces con la bella y graciosa imagen de Carolina: aquella era quizás la primera noche intranquila que pasaba en él, porque aun en el tiempo en que estaba enamorado, aquel hombre, tan rudo y tan tímido en la apariencia, tenía la conciencia de su valer y la esperanza de alcanzar el amor de aquella joven á quien amaba con tan ciega y exclusiva idolatría.

En la noche de que voy hablando, la tranquilidad había huído de su alma, porque empezaba á penetrar en ella la duda: la soledad en que había hallado á su mujer con el Conde, no era lo

que le inquietaba: aquella soledad podía haber sido casual, y además, tenía en un concepto demasiado elevado á su mujer, para suponer, ni por un instante, que ella hubiese buscado ó admitido aquel aislamiento: lo que le hacía un daño horrible era la confusión en que había hallado á su mujer, su abatimiento después, su fiebre y su desvelo; porque, según las convicciones de Bernardo, el adulterio del pensamiento y del corazón significaba más, mucho más, y era más irreparable que el adulterio positivo y material.

Pero por un efecto natural de su carácter activo y generoso, encerró todo su dolor en el fondo de su pecho, sin dejar asomar á su semblante más que la inquietud que le poseía por el estado de Carolina; y solo, en la soledad de su pobre cuarto, se paseaba agitado, golpeándose la frente con su mano callosa y endurecida por el trabajo.

Sin embargo, el cansancio y el sueño le rindieron por fin con un letargo profundo: eran las únicas horas de reposo que disfrutaba desde las primeras horas de la mañana.

Quando empezó el Oriente á mostrar la estrecha cinta blanca que anuncia la venida del alba, Carolina, que había estado espiando el instante de la primera claridad, se levantó, y envuelta aún en su bata de noche, se acercó hasta el lecho de su marido.

Este dormía profundamente.

Luego se acercó al sillón de la tía Bautista,

que dormía también con la mayor tranquilidad.

Estos movimientos de observación fueron ejecutados por Carolina con el semblante trastornado por una violenta emoción: á la pálida claridad de la mañana, se la hubiera podido tomar por un alma desterrada del cielo, que venía á contemplar la vejez y los dolores de la tierra.

Vistióse apresurada con su traje blanco; echó sobre sus hombros una manteleta blanca también, y recogió sus cabellos con un gorrito de encajes.

Luego bajó la escalera con mucho silencio, abrió el pestillo de la puertecilla que daba al campo, y salió sin que nadie la oyese.

El frío de la fiebre hacía chocar sus dientes; su paso era incierto y vacilante, pero ella nada sentía.

Cruzó el pequeño espacio que la separaba del cercado donde se abría la puertecilla del jardín del palacio, y llegó á ella.

Según se había imaginado, ya la había abierto el Conde, que se hallaba allí puntual á la cita, y que casi recibió á la joven en sus brazos al entrar en el jardín.

Carolina retrocedió asustada: no estaba dispuesta á aquel abrazo atrevido, y le pareció que una nube negra cubría el cielo de sus ilusiones.

—Caballero, dijo apoyándose trémula en la tapia, he venido para oír de su boca de V. que sólo desea ser mi amigo: sí; sólo esa confianza es la que me hace venir aquí, faltando á mi deber y estando además enferma...

—¡Enferma! interrumpió el Conde con vehemencia, porque su corazón se interesaba, quizá sin saberlo, por aquella bella joven, pálida y dolorida, que venía á pedirle piedad como una víctima á su verdugo; ¡enferma! repitió mirándola con más cuidado: ¡es verdad! esa palidez... la alteración de sus facciones... ¡Carolina, no me ocultes V. sus dolores... sus pesares... quiero partírtelos con V... guarde sus alegrías para su marido... pero sus penas las reclamo yo, que las sabré comprender mejor que él!

Calló Francisco; volvió á mirar á la joven, y su fisonomía se entristeció profundamente: era evidente lo que aquella mujer sufría; y era cierto también que jamás había visto una mujer más bella.

En efecto: nada puede imaginarse de más sublime, en lo hermoso, que la figura de Carolina, envuelta en su largo ropaje blanco: sus facciones, de una pureza y regularidad encantadoras, estaban pálidas y abatidas; parecían mayores sus grandes ojos azules, pues la violenta lucha de las últimas horas había robado la fresca redondez de sus mejillas.

—Señor Conde, dijo con voz baja y débil, pues se sentía desfallecer de terror, de angustia y de debilidad; he hecho mal en venir... muy mal... ahora lo conozco... pero yo... nada sé del mundo... temo amar á V... y le ruego que se aleje de aquí!

—¡Dios mío! ¡será verdad lo que oigo! exclamó Francisco, tomando con pasión las manos de Carolina.

Pero ésta las desprendió de las del Conde, y uniéndolas en actitud suplicante, respondió:

—¡Sí! es demasiado cierto que yo empiezo á amar á V., señor Conde... su imagen no se aparta de mi pensamiento, ni puedo huir de ella á pesar de mis esfuerzos... Vengo, pues, á suplicar á V. que sea sólo el amigo que me promete, y que me dé la primera prueba de su amistad huyendo de mí...!

—¡Imposible! respondió con ímpetu Francisco: huir yo de tí, Carolina, cuando sé que piensas en mí, que por mí padeces... cuando veo lágrimas en tus ojos, y sé que son por mí... yo que no huiría aunque supiera que me odiabas, ¿quieres que huya sabiendo que me amas? ¡No! ¡viviré aquí, á tu vista, cerca de tí, hasta que consientas en seguirme!

—¡Oh Dios mío! murmuró Carolina, que, pasado su terror, escuchaba con una especie de fascinación la voz apasionada de Francisco; ¿olvida V. que yo soy casada? ¿que pertenezco á mi esposo?

—¿Y qué me importa ese lazo odioso que los hombres han formado? exclamó Francisco; ¿qué significa el matrimonio, cuando las almas no se comprenden, cuando el corazón de uno de los dos se lanza á otro objeto? ¡El esposo se convierte entonces en tirano, y la esposa en víctima!

Hablando así, el Conde había tomado bajo el suyo el brazo de la joven; la había separado de la puertecilla del jardín, y se la llevaba por la gran calle de álamos y alisos, queriendo evitar así que le distinguiesen desde las ventanas del palacio.

Carolina no opuso la menor resistencia: su malestar físico, su debilidad, su angustia, todo había desaparecido: apoyada en el brazo de aquel hombre, hubiera ido hasta el fin de la tierra.

Y sin embargo, aun no era su corazón culpable: pobre alma que no comprendía ninguna de las miserias de la sociedad, que creía á todos los hombres nobles, fuertes y verídicos como su marido, no era extraño que se dejase alucinar por la expresión de aquel amor, que parecía tan vehemente y tan tierno.

Siguió los pasos del Conde hasta el final de la calle, y allí éste se detuvo: iba á protestar de nuevo su pasión á Carolina, cuando de improviso se oyó muy cerca y detrás de unos árboles vecinos, una voz fresca, suave y encantadora, que cantaba un aire de Mozart.

Al escucharla, el Conde dió un paso atrás; soltó con precipitación, casi con grosería, el brazo que poco antes había tomado bajo el suyo con tanta pasión y delicadeza, y desapareció rápidamente en la dirección que se había oído el canto.

Carolina quedó yerta é inmóvil; el canto había sido emitido por una voz de mujer: ella conocía aquel eco: era la voz de Lucrecia, de aquella Lu-

crecía tan hermosa y que la miraba con tan supremo desdén.

Una nube pasó por los ojos de la desgraciada, y al mismo tiempo su memoria fué iluminada por un rayo de luz: recordó algunas miradas, algunas palabras de Francisco, y se dijo con una verdad, con una fuerza de persuasión aterradora:

—¡Mentía! ¡me engañaba!... ¡á quien ama es á esa mujer...!

Tendió entonces una tristísima mirada en torno suyo: le pareció que estaba sola en toda la tierra: su cabeza se desvanecía, é iba á caer presa de un desmayo mortal, cuando sintió que unos brazos la sostenían.

Volvióse con pena y ¡vió á Aurelia, la dama rubia recién llegada á la aldea, y que, según afirmaban todos, hacía tan solitaria vida.

La bella desconocida apoyó en su seno la pálida y dolorida cabeza de Carolina, que derramó un torrente de lágrimas.

—Llora, hija mía, dijo Aurelia: las lágrimas que no se derraman, caen sobre el corazón y le quemán; llora, pero vén conmigo.

Y esto diciendo, llevó á la joven bajo el gran tilo, que ya empezaba á recibir en su copa los primeros rayos de la blanca luz de la mañana.

—Siéntate aquí y escucha, prosiguió; el engaño será cruel, pero provechoso, pues te curará para siempre.

Carolina guardó silencio: aun se oía el canto

de Lucrecia, fresco, sonoro, brillante; aquel canto que desgarraba á un tiempo el corazón y los oídos de la esposa de Bernardo,

De súbito cesó, y en el mismo instante el estallido de un beso llegó á estremecer á Carolina, que palideció y se puso roja sucesivamente.

—Es prueba de que me has ofendido, cuando me besas la mano, dijo la voz sonora y vibrante de Lucrecia, entre risueña y quejosa.

—¿Ofenderte yo? respondió el Conde volviendo á dar otro beso en la mano de su prima; si lo he hecho, habrá sido sin duda sin quererlo y sin pensarlo.

—¿Luego, aunque sin pensarlo, me has ofendido? Sepamos en qué. ¿Tenías cita aquí con esa tontuela aldeana?

—¿Yo? No por cierto: acabo de verla, pero por casualidad, ó más bien, porque ella me persigue.

—¡Ah! ¡ella te persigue á tí! exclamó Lucrecia con una carcajada: esto es lo que todos decís, primo mío; pero yo creo, á pesar de las pretensiones de esa señora, que eres tú quien la persigue á ella!

—Pues estás equivocada, repuso Francisco con acento ofendido: para serte infiel, lo sería con una persona de más valer: creí que me suponías de mejor gusto, prima mía.

—¡Oh! ¡es que es lindísima!

—No hay tal; es grosera, vulgar; no hay ex-

presión en sus miradas: y sobre todo, es la esposa de Bernardo Pérez, lo cual basta y sobra para quitar ilusiones á la persona más despreocupada.

—Vamos, fuerza será creerte; pero sé que eres ligero y vanidoso, además de impresionable, y para darte mi perdón, he de imponerte antes una penitencia.

—¿Una penitencia?

—Sí: dividida en dos partes.

—¿Y estarás contenta entonces?

—Sí.

—¿Y accederás á que nos casemos en el mes que viene?

—Sí.

—Espero, pues, esa penitencia, que ya me supongo ha de ser muy cruel,

—Héla aquí: en primer lugar, harás el amor á la zafia de Hortensia la primera vez que la veas en presencia de su hermana, la ridícula y presumida Carolina.

—¿Con qué objeto?

—Con el de vengarme de sus coqueterías para contigo. ¿No dices que te persigue? Pues ó haces lo que te digo, ó no te creo.

—¡Está bien! respondió el Conde dando un suspiro.

—¡Hola! ¿lo sientes?

—No; me resigno; ¿qué más?

—Que en seguida nos vayamos de aquí.

—¿Cómo en seguida? preguntó Francisco, á quien realmente dolía dejar la conquista de Carolina.

—Es decir, mañana ó pasado: así que hagas ver á esa sentimental señora que lo que querías era divertirte con ella.

—¿Conque quieres que así que haga el tonto un poco con su hermana, emprendamos la marcha?

—Justamente.

—Pero ¿y tu madre?

—Mi madre hará lo que tú quieras: además, ¿no eres aquí el señor soberano?

—Nadie es aquí soberano más que tú, respondió el Conde con galante ternura; y un nuevo beso resonó en las espesuras del jardín.

Luego se oyeron unos pasos que se alejaban y el rumor de una dulce conversación que se perdía entre el susurro de las flores que mecía la brisa de la mañana.